CONSIDERACIONES SOBRE LA CRITICA DE ARTE REFERIDA A UNA PUBLICACION PERIODICA

Escribe: LUIS NAVARRO

> "Me es más difícil hablarte de los pintores venecianos que de los otros. Ante sus cuadros no se siente deseo de analizar y de razonar; si se hace esto es a la fuerza; los ojos gozan, he aquí todo; gozan como los de los venecianos del siglo XVI, porque Venecia no era en modo alguno una ciudad literaria o crítica como Florencia... "La pintura veneciana". — H. Taine.

Cuando se trata de una publicación periódica, vulgar, el carácter de la crítica, por el margen de tiempo y espacio determinantes, no puede presumir del rigor y severidad que acompañan tácitamente a las páginas de un libro. En un puñado de líneas, posiblemente menores que las de cualquier artículo intranscendente, el juicio crítico sobre una obra de creación no puede quedar más que estrictamente pergeñado, algo así como las respuestas de un "test" o las conclusiones de una sentencia. Por muy hábil y sugeridora que sea la pluma del periodista, es imposible que desarrolle entre los límites de una columna el expediente de un artista "creador", pues hasta para el que no crea —para el que simplemente hace o repite— se necesitan formas de juicio que ni pueden ser rematadas con una simple frase de ocasión.

El arte, en principio, como la religión, es el fenómeno más serio de la vida de los hombres. Si me apretaran demasiado yo votaría por el primero en esta dualidad telúrica sobre la que descansan los resortes espirituales de los pueblos, de las sociedades, del individuo. A veces se cubren con sucedáneos necesarios o de contingencia. La política, la ciencia, los deportes, pueden desalojar, soterrar circunstancialmente los primitivos impulsos del espíritu, pero al fin y a la postre no pueden anularlos por muy a trasfondo que queden en determinados momentos de la historia. El arte y la religión son —como diría Ortega, que no lo diría— necesidades vitales; y si la muerte, según el filósofo, es "por de pronto, la soledad que queda de la compañía que hubo", del mismo modo escéptico y fatal el arte es, por de pronto, la necesidad que queda de la angustia que hubo y que retorna como la "negra sombra" de Rosalía.

Quería decir con esta disgresión que cuando se realiza crítica sobre materia de arte no se están aventurando conceptos sobre faenas políticas ni aguzando brillante dialéctica sobre sistemas filosóficos. Se trata en

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

definitiva de hacer juicios de valor sobre la expresión original, universal y acuciante del espíritu humano. Se trata de las artes como vehículo de comunicación social aunque esta, por cualidades o circunstancias de la obra artística, solo alcance a la "inmensa minoría". Precisamente la labor de la crítica periodística es la de extender, romper orillas en la expansión, cuanto más sutil con mayor empeño y vigor, del arte.

Gaya Nuño enfrenta dos conceptos en dos términos que generalmente asociamos como símiles: popularizar y vulgarizar. Para él la acepción "vulgarizar" ofrece un sentido peyorativo referida a la obra de arte; pretende que la obra artística debe ser "popularizada", es decir con alcance de mayorías, pero no "vulgarizada" a la manera de ungüento maravilloso que sirve para todos los usos y se aplica sin prescripción facultativa. Estoy de acuerdo con él siempre que no nos dejemos arrastrar por el culto y laberinto de la terminología. Creo que la función primordial de la crítica —la función por antonomasia si se desarrolla en una publicación periódica se refiere a la "divulgación" de los valores artísticos antes que a la labor exclusivamente crítica de estos valores que alcanza su precisa propiedad en el libro de ensayo o en otros tipos de publicación no periodística.

A pesar de ello, dentro de los límites de su autoridad y responsabilidad, la crítica que se ejerce desde un periódico no puede reducirse a la glosa o a la palinodia ni limitar sus funciones al campo técnicamente periodístico de la información. La vulgarización, que es a lo que nos oponemos, la puede hacer un dentífrico con el nombre de Cervantes; la divulgación, consciente y valiosa solo la tramita la sección correspondiente de un periódico. Si comúnmente la importancia de un periódico se mide por la cifra de su tirada y la del escritor por el número de ediciones que alcanza su obra, la importancia del periodista hace referencia al número de lectores que lo siguen, midiendo su prestigio en esta escala proporcionalmente a la cantidad que representa su audiencia particular e inversamente a la que corresponde al diario. En esta dirección, el periodista crítico puede equipararse a cualquier periodista que tiene una sección especializada, salvo una diferencia demasiado notable: la noticia. A partir de aquí, las otras secciones tienen ya abonada su ganancia. Sea la página de deportes, la de política o la simple columna de cotizaciones de bolsa, el periodista cuenta, así sin más, con una primicia gratis que ofrecer al público. El informador cumple y satisface su compromiso con solo transmitir "lo nuevo". Si el comentarista ensancha la zona de la información con sus opiniones o deducciones suplementarias siempre lo hará a partir del dato noticioso, de la asociación de datos, del estímulo producido por las novedades.

La crítica, en el aspecto periodístico, es siempre ayuda de novedad porque su posición se encuentra siempre "a posteriori". El anuncio, —la noticia—, ocupa las primeras situaciones y solo cede su preeminencia posteriormente "a título subjetivo".

Si la noticia es el epicentro que desenvuelve el engranaje de la función periodística, parece fácil de comprender que la crítica ejercida en un periódico suponga un desplazamiento bastante evidente.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Esta desigualdad de condiciones específicamente periodísticas rompe el equilibrio de poderes de los profesionales de prensa, con ventaja para los informadores y comentaristas o articulistas frente a los críticos. Podríamos pensar que el crítico se defiende como puede con lo que en el "argot" profesional se denomina "refrito". Si no hay noticia el medio periodístico sobra. Hay que defenderse ante el público a modo del prestidigitador y sacar el conejo blanco de la sorpresa del sombrero que ya ha despejado la incógnita con la jugada anterior. La realidad se conoce, el hecho es del dominio público, ¿qué carta le queda al crítico para interesar al público no avisado?

En este punto se extiende la noticia limpiamente y sobre ella empiezan a actuar focos desconocidos que la incrementan hasta lo inverosímil o la pormenorizan hasta perder su propio cuerpo de realidad. La noticia es o está definida por el interés que despierta o sobre el que actúa; crece proporcionalmente en todos los sentidos y direcciones. Si el que la toma tiene fuerza suficiente para impugnarla puede llegar a su destrucción hasta el punto de originar noticia por el mismo hecho. No importan las razones que promueven su actitud personal. Interesa simplemente el orden objetivo que concluye con la propiedad de la noticia. Es el poder de la opinión. Aquí, de repente, la inexpugnable noticia cede bajo la batería de la opinión y cambian las tornas. Es el momento en que se justifica la frase de Debrè.

Cuando la opinión se consolida la fuerza informativa ha tenido que desaparecer o adquiere sus más altos atributos. El editorial, los comentarios, el artículo se señalan sobre el recurso de opinión pero no arrancan de ahí. Su núcleo es la noticia, matizada a través de factores de opinión. La crítica, en cambio, nace, se desarrolla y muere en el estricto ámbito de la opinión. La realidad del hecho como suceso no aporta valores periodísticos sino se trasfunde a una zona ideal de suceso. Ahí permanece ajeno a categorías temporales mientras circunstancias más vigorosas no lo invaliden.

EL CRITICO, ARBITRO

El informador es esclavo de la noticia, el crítico es su dueño absoluto porque es su creador. El informador no pasa en el mejor de los casos de sensible medio informativo —igual que una máquina selectiva—, el crítico está facultado de anchas perspectivas y puede descorrer los velos del oráculo. La información es anónima, la crítica se sustenta en un nombre y solo en virtud de él puede identificarse como tal.

Así, el crítico juega el papel de árbitro en el terreno objetivo de los hechos. Para los hechos que están ceñidos a una escala de valores, el público no podrá autentificarlos mientras el crítico no decida, sin que esto obligue, por supuesto, a una solidaridad de criterios entre ambos. Pasa exactamente lo mismo que en una causa jurídica: mientras el juez no falla el delito no existe "realmente". Después cada cual puede resolver por añadidura.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Poderes tan vastos y absolutos que asociamos al señorío de horca y cuchillo feudal tienen a la fuerza que estar contrapesados por firmes garantías e incondicionales confianzas. Si el crítico es árbitro y teóricamente resuelve y unifica el criterio del grupo, su autoridad no es "per se" sino que es delegada y, en último caso, dependerá de la mayor o menor confianza que le otorguen los depositarios. En principio, pues, el crítico hace uso de la autoridad que le confiere la confianza de sus lectores, que no son sus electores precisamente sino sus "sancionadores".

Sin embargo, la fuerza de los lectores para subir o derribar un crítico prácticamente es nula. La elección de crítico la hace el director del periódico y no justamente por el sistema de concurso-oposición. En todo caso tratará de salvaguardar en esa elección las garantías mínimas imprescindibles en orden al prestigio o beneficio de la empresa.

Dentro de las responsabilidades jurídicas de prensa el crítico está sujeto como cualquier otro periodista a las disposiciones legales. No obstante esto, por su específica función, el crítico parece salir mejor librado de las cortapisas que maniatan a los otros periodistas. Ejerciendo su derecho de árbitro puede ser arbitrario y actuar impunemente bajo las garantías del arbitraje.

LA RAZON

Si ante la voz del crítico el público está inerme por carecer de medio de opinión tan poderoso como el de aquel, posee en cambio un escape de la mayor relevancia para burlar el imperio del tirano: solidaridad con el artista. Al pintor zarandeado por la crítica podrá importarle y mucho lo que se diga de su obra desde las páginas de un periódico siempre que repercuta e influya desfavorablemente para la venta de sus cuadros. El escritor, el músico, el actor se sentirán dañados de igual modo si la influencia del crítico es evidente sobre el público o los empresarios —más solidarios del público que de la crítica obviamente— y se traduce en menos libros vendidos o tarifas más bajas de contrato. Si así no sucede, todo lo más que puede pasar es un vago resentimiento de la vanidad del artista contra un crítico "que no sabe interpretar el sentimiento del público". El crítico puede seguir denostando y haciendo gala de las más contundentes providencias mientras el público otorgue a favor del artista.

Podemos entender fácilmente que cuando se enfrentan las dos fuerzas operantes sobre la labor artística, la que más preocupa no es obligadamente, ni mucho menos, la de la crítica. Si formalmente la fuerza legislativa está sustentada por el crítico, es el público en resumidas cuentas quien sanciona y ejecuta. De ahí esos inefables letreros que tratan de convencernos de que el éxito no ha sido de parte sino que ha aglutinado a los dos poderes "de crítica y público". Pienso que no es necesario señalar con el dedo ya que la obra de un comediógrafo actualísimo cae de manera ejemplar dentro de este comentario.

Estos son los poderes del público, con los que enajena la autoridad del crítico y con los que cuenta en primer lugar el artista. ¿Quién es entonces el depositario de la razón ante la obra de arte?

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Siguiendo la mesura aristotélica nos inclinaríamos ante una postura ecléctica, pero la dificultad del término medio y las circunstancias que obran en cada género, nos impedirán seguramente mantener un punto de vista equidistante y la razón será relativamente de cualquier extremo siempre. La idoneidad, solvencia y moralidad profesional y humana del que represente el puesto de crítico serán en último término las que puedan inclinar la balanza controvertible de la razón. Las modas, las nuevas corrientes estéticas, los nuevos cánones de la plástica y diferentes esquemas mentales pueden desvirtuar radicalmente el criterio del crítico y el del público y, por consecuencia, acentuar o confundir estas dos básicas apoyaturas de la valoración artística.

Como tanto el crítico cuanto el público no son fundamentos infalibles y están sujetos a la veleidad del tiempo, es este, en última instancia, el que decide sobre la vigencia inamovible de la belleza. Hay obras que hace apenas unos lustros se consideraron "más allá del Bien y del Mal" y hoy se detractan o son desalojadas serenamente por la dinámica de las nuevas ideas y las formas diferentes.

OBJETO Y VALOR

Antes dijimos que la función primordial de la crítica periodística era la de "divulgar", dar a conocer los valores del arte. Si todo marcha bien, es decir, si hay sincronización entre público y crítica, el crítico llevará la voz cantante y podrá dirigir las opiniones y los gustos tanto del artista como del espectador, por lo menos hasta que se haga lo suficientemente viejo como para que una generación disidente empiece a disputarle la unanimidad de la audiencia. En tanto esto no suceda su función divulgadora irá paulatinamente adscrita a una preocupación por una escala de valores donde se van archivando por grados conceptos y... prejuicios que el tiempo invalidará bajo las nuevas advocaciones. Pero esa escala de valores no será absoluta sino que se entenderá mediatizada por la personalísima interpretación del crítico, tanto más cuanto mayor sea su capacidad de diletante. Roger Marx dice que el crítico debe ser un poco artista... Sí, es obvio que así los entendemos a todos pero a condición de que no lo sean demasiado porque entonces su pensamiento se mostrará más acusado hacia alguna parte que armoniza más intensamente con su manera de "gustar".

Sobre gustos y colores no hay nada escrito. Lo sabemos. Pero precisamente por esa razón pretendemos que el crítico siente norma, deseche, seleccione, discrimine sobre los gustos y las formas que pululan tratando de permanecer en cada época. Para eso se le da un medio informativo. Para eso se le adjudica la tribuna. Por eso está ahí. Y entonces se presenta el problema, el nudo de la crítica: ¿Cómo se mide el valor de una obra de arte?

Los deportes, lo más afín a algún género artístico, por ejemplo: el "bel canto", se miden en unidades físicas y concretas de valor. Se exigen "handicaps" de tantos metros y en cuales situaciones; se cuenta y se mide por tiempo, cantidad, longitud, altura, etc. Para lo artístico no existen

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

medidas absolutas ni constantes que actúen como fiel de balanza. Todo es imprevisible y las fluctuaciones de la unidad de cambio como valor artístico se detendrán en último extremo cerca de aquella imagen ideal que influya con más intensidad sobre la época.

Se dice y se repite —hay tratados exclusivos sobre pedagogía del arte que la importancia del arte para el espectador estriba en la forma de "mirar" y en la manera de "ver" la cosa artística. A propósito de ello se hace una profunda dicotomía entre estos dos verbos: hay quien mira y no ve. Pues bien, hay muchos que pretenden que la labor del crítico es esencialmente esa: enseñar a "ver" la materia de arte, decir cómo se debe "mirar" una obra de arte para llegar a verla como tal.

Descontadas las razones que avalan a los defensores y seguidores de esta doctrina, yo pienso que hay muchas formas de ver y de mirar —tantas como formas, temperamentos, colores— y que en estos momentos, cuando la Academia está integrada por antiacadémicos, y viceversa, cuando los "ismos" nos asfixian y se multiplican por esporación, la faena del crítico resulta demasiado complicada para decidir cuál es la mejor forma de mirar una obra artística y me parece muy difícil que se llegue a ver. A menos que se entienda por "ver" el complejo dialéctico lírico-filosófico de los críticos retóricos.

Claro que los críticos, por otra parte, no hacen más que dar la réplica al complejo, sino confuso, mundo plástico contemporáneo. Al final de cuentas el saldo es en perjuicio del atónito espectador, quien resignada o esnobistamente recoge lo que le dan.

Así, de improviso, me ha producido un gran respeto leer en una crítica de Faraldo: "Y digo esto sin saber por qué. Todas las veces, cuando entro en funciones, me pregunto para qué sirve la crítica de arte...". Un crítico francés, Andrè Verdet, ha dicho que "la introducción al arte no requiere ciencia sino amor".

LO CRITICABLE

La autocrítica —esa hijastra tan oportuna que le ha salido a la que anda sin "auto" tiene una hermana gemela: la autodefensa. ¿Por qué se hace la crítica desde un periódico? Por necesidad social e inmediata. Si el crítico, o el que esté en el ejercicio de tal, no tiene una solvencia garantizada tendrá que recurrir con bastante frecuencia a la falsa modestia que usó Sócrates y usan todavía pocos sabios con sinceridad: "solo sé que no sé nada"... pero cumplo con mis funciones. Las expresiones más usuales en tales casos todos las conocemos. A mi modo de ver; según mi criterio; es mi modo de pensar; personalmente creo, etc., etc. Son argumentos irrebatibles, tanto como las confesiones de "autocrítica". Puesto que por aquí no hay salida, habrá que pensar qué es lo criticable "et paribus ceteris". Me acuerdo de Larra cuando dice: "En el ministerio Mendizábal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto...". Es evidentemente irrebatible.

¿Qué es lo criticable, de esta manera? ¿Todo? ¿Solamente lo negativo? ¿O tiene, por el contrario, carácter de oda la crítica?

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

El fin más o menos completo de la crítica, su función íntegra y cabal de mano de la divulgación —sigo refiriéndome a la crítica periodística— no se refiere solo al aspecto negativo, al juicio que señala faltas en la obra, sino que da la indicación de ellas debe inferirse ("pariterque monendo", como dice Horacio) enseñanzas que adviertan el modo de corregir las imperfecciones censuradas sustituyéndolas con cualidades positivas. Esto es muy fácil de decir, pero la realidad efectiva es muy otra. Si el crítico se acoge a su "personalmente creo, según mi modo de ver", el criticado, por su parte, también apela al socorrido tópico de que es muy fácil censurar, instalado cómodamente en una butaca, y otra cosa el demostrar que se puede hacer...

Para estas razones y otras parecidas, de indudable lógica perogrullesca, la única consideración válida tendrá que ser referida o bien al público como ya apuntamos más arriba, o bien basarse en las probadas bondades y el prestigio del que suscribe la crítica.

A pesar de que el derecho a la réplica no está contemplado para las secciones de crítica —¡imagínense ustedes el guirigay de toma y daca si así no fuera!— algunos escritores de teatro epígonos de Wilde sino por el talento por el gesto, suelen aprovecharse de sus espacios como colaboradores de periódicos para uso personal de autodefensa cuando la crítica no ha respetado sus respetables prestigios extrateatrales. Son situaciones en que se suele prodigar humor por réplica y contraréplica, como hemos tenido ocasión de observar no hace mucho. Generalmente el asunto se remata con los consabidos "cumplimentos" y se aclaran las cuestiones con la prodigiosa panacea del malentendido que no aclara nada ni convence a nadie.

LA RESEÑA Y EL COMENTARIO "LIBRE"

Hemos podido comprender que la objetividad estricta es incompatible con el ejercicio de la crítica por su ausencia de criterios críticos y por la inestabilidad de una tabla de valores permanentes. Sin embargo, existe dentro del terreno periodístico una fórmula menor pero mucho más exacta que la irremediable crítica. Es precisa como un parte meteorológico (¡cuando acierta!) y segura como una función aritmética. Se mide por tantos como los deportes y casi y, del mismo modo, está al alcance del más desprevenido: la reseña.

La reseña es válida en cuanto que es noticia. El suceso de una noche de estreno o una tarde de "vernisage" es noticia pura sin aleatorios. Si el telón se levantó diez veces, son diez veces y no cinco o quince como tendría que haber sido según el criterio del crítico. Si la exposición estaba colmada de gente es imposible atenernos a nuestra convicción crítica que pretendiera la ausencia de público.

La reseña nos ofrece la garantía periodística por excelencia: la noticia. A partir de ella, al reseñista puede salirle el crítico, pero no antes. Sus consideraciones de opinión tendrán el valor que represente su firma sin que, en todo caso, puedan invalidar la patente real y comprobable de la noticia.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Desafortunadamente, la crítica y la reseña en España se presentan en un cuerpo común en donde resulta a veces bastante complicado su deslinde.

También encontramos en las páginas de un periódico formas que sin pretender acaparar la función específica y rigurosa de la crítica, se relacionan con ella de algún modo. Desde la carta al director a la columna fija hay tipos variables de opinión que a veces ingenuamente completan las lagunas que el crítico no pudo o no quiso cubrir.

Así, sin sospecharlo, descubrimos nuevos enfoques, caminos diferentes por donde hallamos las respuestas a problemas específicos del arte que sus propias autoridades no supieron resolver. Sucede entonces como cuando el médico Marañón pone su instrumentación clínica al servicio de la historia o cuando el siquiatra Jaspers conecta sus "tests" a las creaturas y a los cerebros desequilibrados de los genios. Los hallazgos son desconcertantes y tienen la virtud de devolver al crítico la flexibilidad que la soberbia había momificado.

PALABRAS PARA RECOMENZAR

Había comenzado con un párrafo de Hipólito Taine en el que se hace hincapié y yo mismo he tratado de subrayar a través de estas páginas, la bivalencia del pensamiento crítico y el gozo revelador. Florencia y Venecia adquieren categoría de símbolos y significan plenamente las posturas que el arte tolera para llegar a su mundo doloroso y fantástico.

Si la crítica —personalicemos—, el crítico está provisto de un robusto bagaje intelectual y al mismo tiempo posee la suficiente capacidad para el asombro de la belleza, esta se descubrirá detrás de los signos incongruentes con los que resguarda su intimidad delirante de misterio religioso. Hay un dragón exuberante que guarda el laberinto de la doncella: es el sentimiento. El crítico no puede concederle demasiada importancia, pero tampoco destruírlo. Cualquiera de las dos soluciones le haría perderse en el dédalo de corredores que extravían la dirección de la doncella. La función crítica es simplemente reducirlo para que él mismo nos conduzca al corazón auténtico del reino.

El tiempo dirá la última palabra, pero el crítico limpiamente habrá ayudado a que esa palabra se realice y el público podrá entender que la labor crítica no es simple glosa ni aséptico arbitrio. Es algo más. colaborador, fiador moral de la creación artística, que es de lo que se trata.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.